

Leticia Mora Perdomo

“Disonancias: la fotografía del Vadret da Morteratsch por Byron Brauchli”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 68-72.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Disonancias: la fotografía del Vadret da Morteratsch por Byron Brauchli

Leticia Mora Perdomo

ahí varias veces, así que mi huella de carbono es grande. En esa primera visita Byron Brauchli y yo regresábamos de un largo viaje por la India, después de un mes en la Venecia de Asia, Srinagar. Aun en esa pequeña y bella ciudad al pie del Himalaya, llena de pintorescos canales y de jardines flotantes sacudidos ligeramente por el aire frío de la montaña, un olor penetrante nos acompañaba a todas partes. El mismo olor que en nuestro paso por Nueva

46°23'N 9°55'E

Cordillera Bernina

Coordenadas: 46°24'34"N 9°55'5"E

Longitud: 5.85 Km (2016)

Ova da Morteratsch (desemboca en el río Danubio que va al Mar Negro)

Cuando pienso en los Alpes, no puedo evitar evocar las imágenes de los calendarios que regalaban las tiendas, en diciembre, con las que crecí de niña: los picos nevados y la indomable naturaleza. Al recordar esas imágenes, hoy sé que su belleza esconde la dificultad física que implica acercarse a esos picos, o entiendo la serie de errores que antecedieron a la captura de su imponente serenidad cuando la cámara fotográfica irrumpió; afortunadamente, los pintores ya habían encontrado un ángulo desde el cual capturar su inmensidad. Pero la llegada de la fotografía propició que eventualmente cualquiera pudiera hacerlo y que los lugares para enfocar estuvieran marcados, favoreciendo las miles de tomas de turistas que han ido creando el inconsciente óptico con el que las asociamos y “junto” al cual nos fotografiamos. En la cordillera de las Berninas, la llegada del tren, un portento de la ingeniería a finales del siglo XIX, fa-

Vadret da Morteratsch, en Suiza, es un glaciar cuya belleza y accesibilidad han posibilitado que sea parte de la memoria del paisaje alpino y de la subjetividad de millones de personas. Vivo por varios siglos, hoy agoniza. Pronto será un recuerdo perdido entre las fotos que de él sobrevivan.

cilitó que millones de personas tuvieran acceso a ellas. Hoy, el turista llega en avión a Zúrich, pues busca ya no el refugio intocable por el hombre, sino lo que pronto desaparecerá: una experiencia irrecuperable. Las Berninas es un área protegida por la UNESCO como patrimonio del mundo. Sin embargo, una gran amenaza las rodea: el calentamiento global. Vadret da Morteratsch, en Suiza, es un glaciar cuya belleza y accesibilidad han posibilitado que sea parte de la memoria del paisaje alpino y de la subjetividad de millones de personas. Vivo por varios siglos, hoy agoniza. Pronto será un recuerdo perdido entre las fotos que de él sobrevivan. ¿Qué pensarán los niños del futuro cuando las vean?

En 1985 conocí por primera vez los Alpes suizos. He estado

Delhi, por Calcuta, por Bombay nos había sido difícil ignorar. En Delhi, caminando por las estrechas calles medievales donde cientos de personas transitaban junto a vacas y perros, entre basura, heces, moscas, y una plasticidad sin nombre que llenaba cada uno de nuestros sentidos, el olor se anunciaba con fuerza. En el día de Ramadán, y sin poder salir del mar de gente que nos empujaba, desembocamos en el Yamuna, tributario del Ganges, donde se bañaban miles de personas en sus orillas. El río sagrado era amarillento, casi negro, parecía café con poca leche. Una nube asfixiante de humedad y ese penetrante olor sin identificar nos envolvían. Dos semanas previas, el monzón había elevado los niveles del río. El olor parecía haberse concentrado ahí, en el río sagrado. Finalmente creí iden-

tificarlo: era estiércol, sudor y desechos humanos, curry y sándalo que, bajo una temperatura de cerca de 40 grados centígrados, penetraba todos los poros de la piel. Miles de personas en India mueren por enfermedades relacionadas con el agua y su saneamiento. En ese momento no pensaba en su escasez.

Después de seis meses en la India, Zúrich era el emblema del orden, y las aguas de su principal río, el Limmat, cristalinas como transparente era el aire que se respiraba. Recuerdo haber pensado que en eso consistía la diferencia entre el primer y el tercer mundo. Cuando tomamos el tren hacia Pontresina para recorrer los glaciares de las Berninas no podía creer lo tecnificado que estaba cada paso que dábamos. A diferencia de esa experiencia que nos causaba admiración, pero fácilmente asimilable para un turista, en el camino al primer glaciar de peregrinaje en el Himalaya, antes del Gangotri, el más venerado y nuestro punto de destino, no había muchos turistas sino indios. El recorrido de esta ruta sagrada era un vestigio del pasado: en el camino encontrábamos a nómadas que, en el primer deshielo, migraban con sus cabras y un jumento con su casa a cuestas. De vez en cuando podíamos atisbar las legendarias casas, casi cubiertas de pasto, de las que habla V. S. Naipaul como en peligro de extinción. Supimos, por los guías que nos acompañaban, que el Ganges nace en la cordillera sagrada del Himalaya y que de los 2 500 kilómetros de su cauce dependen millones de personas. El río Ganges y su extendida cuenca con sus tributarios se alimentan del agua de los glaciares.

En los Alpes, muchos recorridos por ese paisaje de alta montaña protegido por la UNESCO se hacen en tren, el

Bernina, que tomó su nombre de la cordillera que recorre Suiza hasta llegar a los Alpes italianos. Uno de los glaciares más populares para visitar es el Morteratsch. Cuando se inauguró el tren, en 1908, la lengua del glaciar estaba a escasos 30 metros de la estación del tren. En 1985, la lengua del glaciar estaba a 3.5 kilómetros. En 2014, el año de la muerte del Okjökull en Islandia, la distancia era de 4.3 kilómetros. Como cualquier ser vivo, mientras se mueva, hay vida. Cuando no haya lengua, habrá entrado en su fase crítica.

En comparación con la visita al pasado, y paradójicamente al futuro, a pie y en mula, a uno de los glaciares sagrados del Himalaya, en las Berninas lo impresionante eran la tecnología y el orden que nos rodeaban, la limpieza, la limpidez del aire, la puntualidad de los trenes, las telesillas, los restaurantes en lo alto de la montaña para comer cómodamente, las bancas en el camino para descansar; todo, ¡hasta las ramas parecían simétricamente acomodadas! El único punto de contacto con los nevados de la India era el frío, pues caminábamos con chamaras de montaña y gorra. Todas estas disonancias nos producían cierta desazón, un desajuste cultural que nos impedía sentir el pulso “real” de la montaña. Toda conjetura se disolvió cuando tuvimos la revelación del espléndido glaciar.

Este año, 2024, retomamos los pasos perdidos del 85 y pagamos tributo al Morteratsch. Hoy, es necesario caminar 5 kilómetros solo para verlo a lo lejos, y un poco más de 6 kilómetros, sin ruta segura en el último tramo, más que los pequeños montoncitos colocados encima de grandes rocas para orientar al desprevenido, si se quiere llegar

hasta donde ha retrocedido la lengua del glaciar. Aventureros, atravesamos una zona rocosa e inestable, con grandes grietas, dejadas al descubierto por el deshielo, que teníamos que saltar. Los anuncios de peligro de muerte proliferan. Atrás quedan las señales del verano y los turistas que caminan en shorts y camisetas. Muchas de las montañas alrededor no tienen nieve; en su lugar las cubre una arena de color plomizo, polvo del Sahara, dicen. Las huellas de la industria del turismo son escasas. Empero, la falta de nieve y lo elevado de las temperaturas exacerbaban el efecto albedo, lo que ha puesto en peligro este tesoro de la UNESCO y de la identidad nacional suiza. Prestado de la industria del esquí, se ha tratado de cubrir de blanco estas montañas por medios mecánicos: la fabricación de nieve artificial que permita retrasar su deshielo. En algunos casos, como en el cercano glaciar Diavolezza, se han instalado cobijas blancas geotérmicas, pero son costosísimas e imprácticas en áreas amplias, como esta. Junto al espectáculo de ver morir a un amigo de toda la vida, se teme la desaparición de flora, fauna y albergues alpinos, ecosistemas tan cercanos a las caminatas de infancia de Byron. A diferencia de la primera vez, ahora sabíamos lo que las señales indicaban. Las marcas a los lados del camino no eran para indicar la altura sino para informar cómo el glaciar había ido retrocediendo a lo largo de las décadas. Ahora comprendíamos y nos dolía que fuera “la lengua del volcán la que se estaba cortando”. El aumento del cauce pluvial, los niños en camiseta, la presencia de vegetación, eran la señal de que el hielo no puede sobrevivir en esas condiciones, y que eso que se divi-



Byron Brauchli:
Serie Glaciar Morteratsch (2024), técnica digital



sa a lo lejos como rayas oscuras son resquebrajaduras, señales de muerte.

Pocos presencian el desgajamiento del hielo, pues pocos se aventuran por esa área marcada por el peligro de muerte. Éramos cuatro personas las que seguíamos determinadas a tocar el hielo. De pronto, el Morteratsch gritó. Era un estertor, un crujido profundo seguido de un temblor y una avalancha estrepitosa, como si cuatro o cinco camiones descargaran, al unísono, piedra en una construcción gigante. Era angustioso escucharlo y nos dejó estupefactos y temerosos. Ante nosotros toneladas de hielo caían en grandes bloques al río, a escasos tres metros de donde estábamos; todo se cimbó a nuestro alrededor. El ronquido de las entrañas de la tierra duró varios minutos, en los cuales piedras blancas volaron por los aires; minutos en que no atinábamos a movernos. Después, el crepitar del agua y el silencio.

La muerte del Morteratsch se espera que suceda en los próximos 30 años. Tal vez no nos toque vivirla. La desglaciación es inexorable, y con ella se perderá el patrimonio afectivo de varias generaciones; también los ingresos que genera para la industria turística. Suiza alimenta mucha de su energía de manera hídrica, por lo que también se vería afectada. Las inundaciones que produce el deshielo han afectado zonas de Italia y miles de personas han sido tocadas por este hecho cada vez más atroz, incluso ha habido centenares de muertos. En 2013, las fuertes inundaciones destruyeron muchos de los viejos caminos sagrados al Ganges, causando la muerte y la

destrucción del modo de vida de miles de personas. Mientras, los gases de efecto invernadero en el mundo siguen aumentando. El Antropoceno cobra significado.

Leemos en un artículo que la demanda de agua ha seguido creciendo en la India, impulsada por el aumento de la población y la rápida urbanización. La desaparición de los glaciares convierte a esa región de Asia (China, Nepal, Bangladesh e India) en un área de alto riesgo por ser la que tiene el menor volumen de recursos renovables de agua dulce por persona en el mundo. El Ganges, más allá de su justificado valor sagrado, es simbólico de lo que está por venir. Su alta contaminación continúa pese a los millones gastados en su parcial saneamiento. Además, está ahora seco en muchos de sus tramos; la lucha es por su sobrevivencia y por una conciencia de justicia y equidad para que los países por donde transita no lo acaparen y lo desvíen.

Aparentemente, Suiza podría correr mejor suerte, pues hasta ahora no tiene problemas de agua y el río de Morteratsch desemboca en el Danubio que va a parar al Mar Negro. No obstante, lo pintoresco de su paisaje, que hace de él una fuente de turismo, se habrá perdido para siempre. Hay un valor asociado a lo sagrado en la muerte de estos seres que se formaron a lo largo del tiempo y que han sobrevivido miles de años. En ambos casos, nuevos significados comienzan a codificarse pues no es natural que grandes bloques de hielo se depositen en el río elevando sus cauces con tanta desmesura. Extrañamente, en nuestro presente, el tiempo geológico se vuelve humano.

El doctor Atl escribió un diario que documenta el nacimiento de uno de los volcanes más jóvenes en el planeta; narra su bautizo y el nacimiento de su nombre: Paricutín. ¿Quién cantará la muerte de los glaciares? ¿Quién hará una oración por su pérdida? ¿Qué dirá su certificado de defunción? ¿Muerte por excesivas temperaturas causadas por los humanos? Tendrán que inventarse nuevos nombres, verbos y adjetivos para describir la muerte de los glaciares y el paisaje después de su desaparición.

El novelista indio Amitav Ghosh señala que la crisis climática es un problema que interconecta al mundo en su complejidad, y la incapacidad de comunicarla es una crisis de la imaginación. Nosotros somos testigos de su muerte y su causa. Estas imágenes y palabras son testimonio de nuestro duelo.

Ya de regreso, mientras pausamos cerca de los cabezales del río, Byron me señala unas pequeñas flores que, apenas asoman su nota de color, persisten en darnos sorpresivas alegrías, como una señal de lo bueno que la vida ofrece. No puedo evitar pensar cómo nuestros descendientes juzgarán nuestras acciones. **LPyH**

Byron Brauchli es fotógrafo y artista gráfico con énfasis en procesos fotográficos del siglo XIX. Miembro del SNCA. Maestro en Artes por la Universidad de Texas. Actualmente trabaja en el Instituto de Artes Plásticas de la UV. Recién publicó *Recorridos* en la Editorial UV.

Leticia Mora Perdomo es investigadora del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias y profesora de la Facultad de Letras Españolas de la UV.